

# El Centro

Ayesha  
Manazir  
Siddiqi



**AMOK**  
EDICIONES

*El Centro*

Título original: *The Centre*

© Ayesha Manazir Siddiqi, 2023

AMOK Ediciones

comunicacion@amokediciones.es

© AMOK Ediciones para esta primera edición en España, marzo de 2024.

© 2023, Marta Vázquez Heredia, por la traducción.

© 2023, Carlota Suárez Villaverde, por la ilustración.

Milos Kalvin para TheWhiteRoomLab, por el diseño gráfico.

Natalia Martínez, por la maquetación.

ISBN: 978-84-19211-35-4

Depósito legal: M-234-2024

Impreso por Leitzaran Grafikak

Impreso en España — Printed in Spain

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Los personajes y los acontecimientos que aparecen en este libro son ficticios. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas) es una coincidencia totalmente fortuita e involuntaria por parte de la autora.



*Para Ammi y Abbu, a quienes debo todo.  
(Y también para Billee, no nos engañemos).*



Nadie duerme en este cuarto sin el sueño de una lengua común.

ADRIENNE RICH

Pero, después de milenios, ¿realmente queremos insertarnos en esos términos en un mundo que han proyectado otros?

CARLA LONZI





## Capítulo uno

Todo empezó con Adam<sup>1</sup>, aunque no sea un comienzo muy original. Nos conocimos en una conferencia sobre traducción literaria en Senate House, y él fue quien me habló de El Centro por primera vez.

Aunque... No, espera. Mejor paro y vuelvo al principio.

Supongo que debería empezar contando por qué fui a la conferencia. Verás, llevaba algún tiempo incubando una especie de apatía que avanzaba hacia la desesperación y amenazaba con dejarme allí sola y bloqueada para siempre, sentada mano sobre mano en medio del salón. Eso se lo conté a mi mejor amiga, Naima, una tarde que vino a verme, y ella sacó unas cartas de tarot sin decir nada y extendió algunas sobre mi cama.

La verdad es que yo no creía en ese rollo del tarot, pero confiaba en la intuición de mi amiga y en su talento para esas cosas que había convertido en una auténtica profesión. Cuando terminamos la carrera, Naima hizo un máster en psicología y después —con esa habilidad suya para estar siempre al corriente de todo lo que sucede—, se transformó en una especie de bruja moderna: leía las cartas del tarot, enseñaba tantra, hacía reiki y organizaba sesiones mensuales de ayahuasca para mujeres de color en el salón de su casa.

—Estás buscando las causas de tu desencanto fuera de ti misma cuando la razón del desencanto es el propio desencanto —sentenció Naima después de estudiar las cartas.

—¿Quééé?

<sup>1</sup> Adán. (*N. de la T.*)

Ella señaló la carta que estaba en la parte superior de la tirada: un hombre con la cabeza entre las manos contemplando una parcela de terreno seco en un campo muy verde.

—Tienes miedo de no ser lo que deberías ser, pero eso solo es un defecto psicológico.

—Naima, no les dirás eso a tus clientes, ¿no? Que son *psicológicamente defectuosos*.

Ella sacó el librito que iba con las cartas y empezó a hojearlo.

—No se lo digo así a los clientes de verdad. A ti te cuento las cosas como son, o por lo menos como las cartas dicen que son.

—Entonces, ¿qué dice esa tirada, hay solución para mí o me lanzo ya por la ventana?

—Todo está en tus manos, corazón. Nuestro destino no está escrito en piedra. Te lo tienes que tomar como una advertencia.

Estábamos sentadas en mi cama sujetando unos platos de karela<sup>2</sup> salteada con anacardos que no estaba tan rica como sonaba porque había usado karela congelada de Tesco. Comí un poco mientras ella estudiaba las cartas y volví a mirar el dibujo de la carta de arriba.

—Pero está bien, ¿no? Se está ocupando de esa parcela seca.

La mirada escrutadora de Naima pasó de las cartas a mí:

—Es que no se está ocupando de esa parcela, se está obsesio-nando con ella sin ningún motivo. Debería girarse y mirar la parte fértil, así se ensancharía. Esa sería la mejor estrategia.

—Vale. Entonces, a ver qué dicen las cartas que debería hacer. Naima hojeó otra vez el librito.

—Mmm... A ver... No ocultes tu desencanto poniendo cara de felicidad. Bueno, no temas, es evidente que eso no va a ocurrir.

—Qué graciosa.

—Espera, bla, bla... Pensamientos irracionales y como que... deberías tener más cuidado con la gente que frecuentas.

—Ah, descuida, eso me va quedando bien claro mientras ha-blamos.

—No te lo estás tomando en serio.

—Claro que sí. Venga, sigue. Sálvame de mi destino. ¿Y qué pasa si... hacemos simplemente esto? ¡Táchán!

<sup>2</sup> La karela también se conoce como melón amargo o calabaza amarga. (*N. de la T.*)

Cambié la carta de arriba por otra más agradable: una mujer bañándose desnuda en un arroyo con unos querubines.

—Ya sabes que no funciona así.

Naima y yo nos conocimos cuando vine a Inglaterra para estudiar en la universidad; teníamos dieciocho años, y yo estaba convencida de que si la gente iba a sitios como Inglaterra y Estados Unidos era porque allí sus sueños se hacían realidad. Habían pasado casi dos décadas, hacía tiempo que no quedaba nada de aquellas ilusiones, y allí estaba: viviendo sola, cocinando platos mediocres con verdura congelada, dándole caña a la calefacción para seguir muerta de frío y fingiendo que me ganaba la vida subtitulando películas de Bollywood. Ese trabajo tenía algo que ver con mi desencanto y el descontento genérico que sentía, y así se lo dije a Naima.

—No entiendo por qué no te gusta lo que haces —respondió—. A mí me encantaría sentarme a ver películas todo el día.

—Es que en realidad no es así. Es un aburrimiento. Parar y seguir, parar y seguir, así todo el tiempo.

—Podría ser peor —dijo—. Imagínate que tuvieras que subtitular películas rusas en blanco y negro, seguro que acabarías totalmente deprimida. Considérate afortunada. ¿Cómo se llamaba la que vimos el otro día? *Shuddh Desi Love Story*, o algo así, y lo pasamos genial, ¿no?

En cierto sentido, Naima tenía razón. El cine del Bollywood moderno no se parecía al que yo había conocido de pequeña, con Shah Rukh Khan persiguiendo a Kajol entre los campos de mostaza o con Salman Khan apaleado por los hermanos de su amada «para protegerla». En el Bollywood de hoy las mujeres tienen deseo sexual, la homosexualidad no es solo un recurso gracioso y los niños no son propiedad exclusiva de sus padres. Se mantienen muchos de los temas clásicos, claro, pero la evolución es evidente. La verdad es que a veces esas películas eran como un correctivo para las que había absorbido de pequeña, quizá por eso me aferraba al trabajo con tanta determinación: para garantizar algo de continuidad y para evitar que los recuerdos de aquellos tiempos se borrasen de mi mente. Con el urdu me pasaba lo mismo: hablaba casi exclusivamente en inglés, pero estaba decidida a mantener vivo el idioma; a veces hacía traducciones para divertirme, y asistía a una clase semanal donde leía novelas y poesía con mi profesora.

—Sí, vale, podría ser peor —le dije—. Aunque lo que yo hago no son *auténticas* traducciones, ya sabes. Podría hacerlo cualquiera.

—Eso no es verdad en absoluto —dijo Naima—. Pero si piensas que no son *auténticas* traducciones, deberías hacer auténticas traducciones. Podrías traducir novelas y libros, ¿no?

—La verdad es que no. Uno de los problemas es que en estos tiempos nadie lee en urdu.

—No me lo creo —dijo ella—. Mi tío me dice que la poesía en urdu tiene mucho éxito en Pakistán. Solo necesitas meterte en ese mundillo.

—Puede que... no lo haga tan bien.

—Venga ya.

—No, lo digo en serio. Quizá esté demasiado desconectada, mi urdu empeora por momentos y ahora me hago un lío con el hindi. El otro día dije *shantī*<sup>3</sup> en lugar de *kbamoshi*.

—¿Y qué pasa con el francés?

—Mi francés es regular, la verdad. No es el francés de los franceses.

—Bueno, creo que... lo que las cartas intentan decirte es que seas feliz donde estás, cariño mío —dijo Naima, y me acarició la cabeza bromeando como si fuese una niña pequeña.

—No le puedes decir a la gente que tiene que ser feliz y ya está, Naima. Las cosas no son así. La felicidad no se elige, es algo que... ocurre y ya está. Es algo fortuito, una casualidad. Eso dice Sara Ahmed.

—Pues esa es la diferencia entre nosotras. Para mí la felicidad no es accidental, es algo que ya está ahí, solo hay que alargar la mano y cogerlo, ¿sabes? —Hizo un gesto como si arrancase un fruto del aire—. Oye, tengo que irme ya. Pero te tienes que trabajar esto, y te pongo deberes: empieza un diario de agradecimientos.

—Ya sabes que no me van esos rollos. Quédate un rato más y preparamos algo de postre.

—Ojalá pudiera. —Juntó las cartas y las envolvió en un trozo de tela sedosa—. Pero tengo un cliente a las cinco.

—¿Tarot?

<sup>3</sup> Paz. (*N. de la T.*).

—Tantra, y con uno de mis favoritos. Treinta y un años y nunca ha tenido una relación íntima. ¿Te lo puedes creer? Un chico encantador. Vamos muy despacio, con delicadeza, es como si le estuviera guiando en un rito de iniciación —se echó a reír—. Como si yo fuese la fea que le va a presentar a las guapas, o algo así.

—¿Y cómo es?

—Un encanto. A veces me trae flores y yo preparo algo de comer, y después practicamos el contacto íntimo. Luego vemos películas o alguna serie en Netflix. Quiere sesiones de cuatro horas, imagínate.

—Le estará costando un montón de dinero.

—No creas que le cobro tanto. Es una forma agradable de pasar el día, la verdad. Viene una vez a la semana y siempre me hace ilusión.

Naima se puso el abrigo, un modelo acolchado y extragrande color verde oliva, y se colgó la mochila.

—Tiene suerte de que seas tú quién le inicie —le dije.

—Ojalá. Pero tengo que procurar que no acabe colgándose de mí, ¿sabes?

—¿Y eso cómo lo haces?

—No lo sé. Es... por intuición. Voy interpretando cada momento y actuando desde ahí. Quizá tenga que organizar una escena al final, una especie de ruptura. Ya veremos.

El trabajo tántrico de Naima me tenía perpleja, no entendía cómo mantenía la integridad trabajando en ese ámbito, el ámbito de lo sexual, donde todos los límites y fronteras se vuelven confusos. Pero ella decía que se trataba de eso precisamente, que los límites confusos son el terreno del éxtasis orgásmico, o a veces un lugar pavoroso donde aflora lo que mantenemos reprimido cuando está maduro para la transformación.

—Te parecerá raro, pero lloran muy a menudo —me dijo una vez—. Ese es el desahogo que realmente necesitan.

Cuando Naima se marchó, me senté con mis libros y el ordenador portátil para entretenerme con algunas traducciones. Esos textos en los que estaba trabajando eran solo para mí, no pensaba hacer nada con ellos, eran una especie de ejercicio meditativo, como pueden ser los crucigramas y los rompecabezas para otras personas.

Cuando me metía en una traducción me abstraía hasta el punto de olvidarme de mí misma, era casi como desaparecer del mundo, y solían ser los ruidos del estómago o las punzadas en la vejiga los que me hacían volver la vida real.

Mientras traducía, a veces tenía la sensación de estar escribiendo la novela original; era como si yo fuese Nabokov y escribiera *Lolita*. Lo-li-ta. La lengua hace el mismo movimiento rozando la parte superior de la boca en cada sílaba, tanto si se pronuncia en inglés como en urdu, aunque en urdu la «t» suena más suave y el baile de la lengua es más preciso. Lo-li-ta.

Ese día había leído un artículo del *New Yorker* que me motivó para sacar de la librería mis dos ejemplares de *El extranjero*, el original en francés y una edición en inglés. El autor del artículo —un tal Bloom—, diseccionaba meticulosamente la primera línea de la novela: «*Aujourd'hui, maman est morte*» (Hoy ha muerto mamá) que, en mi versión inglesa se había traducido manteniendo «mamá» en francés: «*Maman died today*».

Traducir al inglés un concepto tan sencillo como *Maman*, presenta más dificultades de lo que parece por la carga emocional de la palabra: hay que elegir entre varios términos equivalentes como «Madre», «mamá», «mami» o, en este caso, incluso «Mi madre». Bloom considera que «*Mother died today*» sería demasiado frío y formal, y después de barajar las otras opciones se decide por mantener «*Maman*» en francés, tal como aparece en mi edición inglesa. Personalmente, yo habría optado por «*Mum*» (mamá), que me parece una traducción fiel, pero quién sabe, ese Bloom era un profesional que publicaba mientras yo seguía con la cabeza entre las manos contemplando la parcela seca.

Bueno, eso era solo el principio, porque hay otro matiz crucial: la posición del complemento «hoy», ese «*Aujourd'hui*» inicial que en la mayoría de las traducciones aparece al final. Es un matiz sutil, pero hay una diferencia entre «Mamá ha muerto hoy» y «Hoy, ha muerto mamá». Al principio de la frase se enfatiza la circunstancia temporal y, para Bloom, denota la tendencia del narrador a vivir el momento. Para mí, también indica cierta inclinación a eludir la cuestión, como si el narrador quisiera distanciarse emocionalmente de la muerte de su madre. Además, y eso es esencial, refuerza lo absurdo de la

segunda frase: «*Ou peut-être hier, je ne sais pas*». (O quizá ayer, no lo sé), y pone de relieve la extrañeza del protagonista y lo que nos extraña de nosotros mismos. Aunque el texto sea tan sencillo, cada palabra se debe enteramente a la anterior: basta un desliz en la traducción para que todo se desmorone, y había bastantes deslices en mi ejemplar en inglés.

Pensé en cómo traduciría yo ese fragmento al urdu. Por ejemplo, en las posibles traducciones de «morir», porque es un verbo problemático. La traducción literal de «Mamá ha muerto», *Ammi mar gayeen*, suena fatal, es casi como decir «Mamá ha estirado la pata». Sin embargo, esa frase inicial requiere cierta aspereza, y seguramente me decidiría por algo más parecido a «Mamá ha fallecido». Sentí una especie de hormigueo mientras consideraba las posibilidades. Me encantaría traducir al urdu esa novela de Camus, sería un desafío delicioso, una auténtica experiencia íntima.

La traducción no es algo subjetivo, en realidad es un proceso bastante matemático. Se trata de reproducir la emoción subyacente; al profundizar en el texto vas viendo los distintos matices y connotaciones, y de repente te das cuenta de que «morir» en ese idioma es más parecido a «fallecer» en el otro idioma. Y cuando emparejas los dos términos es como un logro personal. Por alguna razón, a mí se me daban bien esos emparejamientos, simplemente *los intuía*, pero esa intuición no se concretaba en ningún tipo de acción y, por razones que no conseguía entender, no era capaz de llegar a ese lugar donde quería estar. Esa brecha que existe entre la editora y la escritora, el copista y el pintor, la comadrona y la madre era la misma brecha que yo llevaba intentando superar toda la vida sin conseguir más que precipitarme al abismo. Aunque me alegraba siempre que veía un buen cuadro o leía una gran novela, la verdad es que una parte de mí se crispaba. La envidia es algo espantoso; hasta la ambición puede ser nociva, sobre todo en una mujer, pero ese otro sentimiento, esa sensación de una vida vivida sin plenitud, eso era mucho peor, casi insoportable: me sentía frustrada constantemente y ni siquiera sabía por qué.

Afortunadamente, por lo menos era capaz de imaginarme esa superación. Pensé que si podía apreciarlo, si algo en mí vibraba ante un trabajo bien hecho, seguramente tendría la capacidad de realizar

esa clase de trabajo. Los días buenos incluso tenía la sensación de haber avanzado en esa dirección —la superación del abismo—, aunque mis progresos fuesen un tanto aleatorios. Después de todo, trabajaba en algo cercano a la profesión de mis sueños; la curiosidad era mi mayor motivación y me dejaba guiar por ella, más o menos. Por eso decidí que necesitaba seguir acercándome a lo que me conmovía hasta que surgiese algo y, hasta la fecha, a pesar de los horrores que vinieron después, sigo convencida de la importancia de guiarse por la curiosidad, por lo que uno desea: es el único camino.

El caso es que ese rastreo errático de mis confusos deseos me llevó unos días después a la conferencia sobre traducción literaria en Senate House donde conocí a Adam. Senate House es uno de esos imponentes edificios antiguos que me impresionaban tanto cuando llegué a este país. Todavía recuerdo como enormes falos blancos las columnas que me recibieron al entrar en el campus principal de la UCL, donde me licencié; parecían anunciar que ahora formabas parte de una larga y noble tradición. También me acuerdo del decano, que nos dio la bienvenida con mucha solemnidad, recalcando lo bien preparados que estaríamos para triunfar, simplemente por estar ahí, y pintando un futuro perfecto, brillante, blanco y muy bien trillado. El fulgor de ese panorama donde todo era posible me confortó al principio en este país helador, pero la sensación de calidez no duró mucho.

Enseguida descubrí que las cortesías de bienvenida no eran tan diferentes de los comentarios que hacía la gobernanta de mi residencia, por ejemplo: «Ya sé que la gente como tú prefiere tener cerradas las ventanas, pero déjalas abiertas de vez en cuando para que la habitación no acabe mohosa». Eso de «la gente como tú»... ¿Y realmente dijo «mohosa»? Bueno, era algo parecido. A lo que iba: aunque parezcan tan diferentes, las cortesías de bienvenida y las discriminaciones hostiles tienen el mismo efecto cuando se refieren al colectivo, ambas transmiten el mismo mensaje: «No olvidéis vuestra posición. Tenéis suerte de estar aquí». De todas maneras me quedé, y pronto hice buenas amistades. Fue en la UCL donde conocí a Naima, que también estaba matriculada en primero, aunque era su segundo año allí. Había pedido el traslado desde la facultad de



medicina a la de literatura inglesa, aunque sus padres no se enteraron hasta el día de la graduación.

Bueno, pues allí estaba otra vez veinte años después: a la vuelta de la esquina de la UCL un gélido día de enero. Al entrar en la sala de conferencias 402 de Senate House agradecí la calefacción, busqué un asiento y me quité el abrigo, el gorro y los guantes. El tema central era la traducción frente a la adaptación, y en ese momento intervenía una mujer portuguesa que hablaba de representar a Shakespeare en portugués.

Al principio no me había fijado en el chico blanco que estaba en la fila siguiente tomando notas en una agenda de piel; pero cuando la mujer terminó su ponencia, él se puso a hablar por teléfono, y entonces le miré porque me llamó la atención oírle hablar muy deprisa en un idioma que parecía mandarín. Dos chicos chinos que había delante de él también se giraron para mirarle mientras hablaba, e intercambiaron con él gestos apreciativos. Pensé que siempre había sido así: reconocimiento y admiración para las personas blancas que hablan idiomas no-blancos y solo desprecio e indignación para los no-blancos que no hablan inglés. Es el doble rasero de aprender idiomas, ¿por qué no se hablaba de eso en la conferencia? En fin, la verdad es que estaba intrigada, sobre todo después, cuando hizo otra llamada y me di cuenta de que estaba hablando en italiano con la fluidez de un nativo. Al mirarle otra vez me pareció que no era tan blanco ni tan rubio, que más bien tenía la piel dorada y el pelo castaño, y le adjudiqué un origen mediterráneo. Pensé que habría ido a uno de esos elegantes colegios internacionales donde te enseñan muchos idiomas, y ya me estaba inventando el resto de su vida cuando volvió a llamar por teléfono y empezó a hablar en un idioma eslavo que sonaba a ruso. Cuando colgó, no me pude contener y le di un golpecito en el hombro:

—Hola. Perdona una pregunta, ¿estabas hablando en ruso?

—Sí, era ruso —dijo con acento británico, y empezó a hablar en ruso preguntándome algo.

—Ah, no. Yo no hablo ruso. Pero oye..., parece que sabes muchos idiomas.

—Unos cuantos —dijo riéndose.

—Creo que te he oído hablar cuatro, y todos con fluidez.

—Se me da bien —dijo.

—¿Cuántos hablas?

—No sé, no llevo la cuenta —respondió encogiéndose de hombros—. Esos y algunos más.

Yo tenía mis dudas.

—¿Hablas este idioma? —le pregunté en francés.

—Pues claro que sí —respondió también en francés, pero con mejor acento.

Vacilé un instante y le pregunté en urdu:

—¿Y este otro?

—¿Es hindi?

—Urdu.

—No, urdu todavía no, pero dame..., no sé, dos semanas.

—Sí, seguro.

—Te lo puedo demostrar.

—Ahora en serio, ¿cuántos idiomas hablas en total?

—Pues..., diez o doce.

—¡¿Diez o doce?! —

—Con fluidez —matizó.

—No me lo creo.

—Como un nativo —dijo asintiendo.

Otro ponente subió a la tarima, y en la pantalla del fondo apareció el título de su ponencia: «Conectar mundos: Interpretación de las costumbres de Latinoamérica».

—¿Y cómo lo has hecho? —le pregunté en voz baja.

—Bueno..., te lo podría decir, pero tendría que matarte —surró.

—Trato hecho.

—Vale... Podría matarte, pero antes debería invitarte a cenar.

Adam no estaba tan seguro de sí mismo como daba a entender, porque se puso colorado cuando acepté y luego se aturulló proponiendo sitios para quedar.

—Tú decides —dijo. Yo le propuse la zona de South Bank y le pareció bien.

Una semana después nos citamos cerca del Royal Festival Hall. Adam llevaba un abrigo de lana marrón, vaqueros y un jersey negro muy elegante. Nos saludamos de una manera imprecisa, mitad

apretón de manos y mitad abrazo; a mí no me atraía especialmente, pero sentía cierta curiosidad y estaba a gusto con él, además su timidez me inspiraba confianza. Al principio estaba tan nervioso que me enterneció, empezó a preguntarme montones de cosas sin prestar mucha atención a mis respuestas, como si estuviera preparando la siguiente pregunta, aunque poco después se normalizó la conversación. Yo saqué el tema de los idiomas, y me dijo que los había aprendido en la academia Rosetta Stone. Pensé que debía ser una especie de superdotado, capaz de memorizar vocabulario en otros idiomas igual que otros memorizan secuencias numéricas. Fuimos a tomar una copa al BFI, el bar de la filmoteca, y después estuvimos dando un paseo por la orilla del río. Adam me contó que era hijo de una madre soltera y se había criado en un barrio del este de Londres, que nunca había sacado buenas notas, ni en el colegio ni en la universidad, y que no descubrió su talento para los idiomas hasta los veintitantos. Al parecer le había ido muy bien desde entonces: trabajaba como autónomo y sus principales clientes eran una empresa japonesa de ingeniería aeronáutica, una agencia de noticias persa y un instituto de investigación italiano. Me dijo que se podía permitir el lujo de elegir sus trabajos y recorrer el mundo.

—Tampoco ha sido fácil llegar hasta donde estoy hoy —concluyó.

—Ya me imagino.

Era la primera vez que salía con un inglés; la verdad es que la mayoría me parecían elitistas e inaccesibles, un poco antipáticos, siempre distantes, incluso de sí mismos. Bueno, puede que esté exagerando, a lo mejor tenía esa impresión porque los hombres ingleses son muy selectivos a la hora de mostrarse simpáticos, no sé. Pero Adam parecía distinto: le interesaban otras culturas, era bastante abierto y no dependía enteramente del alcohol para abrirse.

Sin embargo, tampoco era como estar con un hombre asiático. Entre nosotros no había tanto conocimiento implícito, ni tantas cosas sobreentendidas. Por ejemplo, aunque se esforzaba mucho en mostrarse diplomático, era evidente que tenía una imagen muy distorsionada sobre mis orígenes; cuando le conté que era de Pakistán, su reacción fue bastante reveladora: primero asintió enérgicamente, como diciendo que le parecía muy bien, y luego me preguntó si alguna

vez me habían obligado a llevar un pañuelo en la cabeza. Le dije que me parecía una pregunta muy rara, y entonces se ruborizó y empezó a balbucear disculpándose sin parar. Estuve a punto de preguntarle si le habían obligado a él a dividir y conquistar, pero pensé que podría interpretar que el *hiyab* tenía connotaciones negativas para mí, y me lie tanto en ese bucle que decidí no replicar. La pregunta habría puesto fin a nuestra cita en otras circunstancias, pero Adam me gustaba: era atractivo y sincero, equilibrado y sensato. Además era compasivo, me di cuenta cuando mencioné el doctorado sobre Teoría Crítica que había empezado años atrás y no llegué a terminar. Fue un comentario al margen de otra cosa mientras charlábamos en un sofá del BFI y, aunque yo le había quitado importancia con algún gesto desdeñoso, él me interrumpió como si notara que para mí era un tema muy serio. Empezó a preguntarme y, de repente, me vi contándoselo todo con lágrimas en los ojos: que le había dedicado un año y medio, que mi supervisor no mostraba ningún interés y lo dejé, que acabé decepcionada conmigo misma y muy frustrada con el mundo académico. Y él me escuchó, me escuchó de verdad, sin juzgarme, con auténtica empatía. Se puso de mi parte al instante justificándome mejor que yo misma normalmente, y reavivó en mí unos sentimientos que llevaban años adormecidos. En aquel momento me dio la impresión de que ese hombre tenía la facultad de apreciar cosas mías que yo prefería no asumir, y hasta hoy no he conocido a ningún otro capaz de apreciarme así. Unos meses después me dijo que esa facultad era una de las compensaciones que puede tener pasar dificultades.

Fui yo quien le pidió a Adam una segunda cita. Esa es otra de las cosas que me gustaron de él: que esperase a que yo diera el primer paso. Le propuse ir al cine, y nos besamos mientras veíamos una película francesa. Fue bonito; antes de besarnos había una electricidad entre nosotros que me hizo volver a la adolescencia. Luego fuimos a un restaurante donde hacen *pizza* de masa madre, y al oírle hablar en italiano con el camarero me pareció superatractivo. En la tercera cita le invité a casa.

Cuando Adam vio mi apartamento se quedó con la boca abierta:

—Vaya, ¡parece que te va muy bien con tu trabajo! —exclamó, y por no desilusionarle en ese momento le dejé creer que estaba totalmente emancipada.

Cenamos *aloo baingan*<sup>4</sup> con unos *rotis*<sup>5</sup> del supermercado y preparamos juntos el postre masacrando una piña que había llegado en la caja de Oddbox; nos costó un poco pelarla pero estaba deliciosa mezclada con granada, yogur de vainilla y unas hojitas de menta. Después de la cena nos besamos, y seguimos besándonos un rato, hasta que le estreché contra mí y busqué la hebilla de su cinturón; entonces me paró.

—Me gustas mucho —susurró entre sonrisas. Yo también le sonreí y le besé otra vez mientras trasteaba con la hebilla, pero él me apartó la mano con mucha delicadeza y dijo—: Lo estoy pasando muy bien contigo.

—¿Sí? —Le miré arqueando las cejas y él me besó otra vez. Luego me agarró las manos entre las suyas y me miró a los ojos.

—Podemos tomárnoslo con calma —dijo. Yo no lo entendía, pero era evidente que prefería no llegar a más.

—Claro —respondí; no sabía qué decir.

Todavía me estaba agarrando las manos y tiró de mí para abrazarme, luego me soltó y me miró sonriente.

—¿Te parece bien?

—Claro que sí. —Le devolví la sonrisa asintiendo.

Nos quedamos unos instantes en una postura rara, con la duda flotando entre nosotros como un signo de interrogación. Él propuso ver algo en Netflix, y eso fue lo que hicimos. Luego charlamos un rato y después se marchó.

Tengo que admitir que aquello me irritó y también me ofendió un poco. Le había invitado a mi casa, me había estado depilando y todo eso, las señales que nos enviábamos eran inequívocas, y de repente me decía que fuese más despacio. No sabía qué pensar, puede que mi enfado fuese injusto, quizá la tercera cita era demasiado pronto y todo saldría mucho mejor con más expectación. Quizá me ofendía que no respondiera a mi iniciativa con una pasión arrolladora simplemente por mi condicionamiento patriarcal.

—Es una cuestión de género... Piénsalo al revés —dijo Anjali, mi amiga americana, cuando se lo conté—. Imagínate a Adam diciendo: «Tío, la tercera cita y no se dejaba meter mano».

<sup>4</sup> *Curry* de berenjenas y patatas. (N. de la T.).

<sup>5</sup> Pan plano de harina integral sin levadura. (N. de la T.).

Por eso decidí no insistir y seguir a su ritmo. Volvimos a quedar y fuimos a la National Gallery; otro día estuvimos paseando por un parque, y como un par de semanas después quedamos otra vez en mi casa. Yo no me quería arriesgar a que me quitase la mano, así que me contuve e intenté dejar que las cosas fluyeran solas. Entre nosotros saltaban auténticas chispas, sus caricias eran tiernas y delicadas, sus besos largos y cariñosos, pero una hora después no parecía dispuesto a ir más lejos si no empezaba yo, así que al final me quité la camiseta. Él hizo lo mismo y luego... Bueno, el caso es que lo intentamos pero... no pudo ser. A mí nunca me había pasado eso de que al chico no se le pusiera dura, me entró una especie de angustia, y creo que él pasó vergüenza. De todas formas seguimos retozando y estuvo bien, encontramos otras maneras, pero yo estaba hecha un lío. Él se disculpó —eso fue aún más bochornoso para los dos—, y yo intenté animarle, pero me sonó raro y poco convincente.

La segunda vez que lo intentamos ocurrió lo mismo, y entonces le pregunté con toda la delicadeza que pude si había algún problema. Me explicó que al principio siempre le pasaba lo mismo, aunque luego se arreglaba, y me pidió que tuviera paciencia. No sé si es algo normal, pero a mí me afectaba, y me preocupaba que no me encontrase atractiva por mucho que él me asegurase lo contrario. ¿Por qué iba a ser si no? Su cuerpo hablaba alto y claro, y la sensación que yo tenía era básicamente de rechazo. Esos primeros meses pasé mucho tiempo investigando en internet, intentando comprender la ansiedad por tener que cumplir en la cama, la disfunción eréctil y esas cosas. Empecé a sentirme torpe e insegura, cuando quería darle placer se ponía tenso, como si le diera vergüenza. Me acuerdo de una vez que le agarré el pene y se echó hacia atrás como asustado, preguntándome si estaba segura de que quería hacerlo.

—¿No te apetece? —le pregunté también, parando en el acto.

—Solo si te apetece a ti.

Nada de lo que yo hacía parecía estar bien del todo. El deseo insatisfecho me reconcomía la mayoría de las noches que dormíamos juntos, incluso si llegábamos a follar, porque era tan rápido y poco satisfactorio que acababa más frustrada que si no lo hubiéramos intentado, y me quedaba allí tumbada con el calentón, considerando si podría masturbarme sin que se despertara.

Una vez le pregunté que por qué no me tocaba con deseo y, ¿sabes lo que me dijo? Dijo que él creía en el «consentimiento radical», que no quería imponerse de ninguna manera, ni siquiera involuntariamente. Al principio me pareció bonito, pensé que quizá Adam me ayudaría a reescribir algunas de las violaciones que había afrontado en el pasado, a superar todas esas ocasiones en las que había aguantado el dolor para complacer al otro. Pero luego empecé a tener la impresión de que quizá solo era un jueguecito de «chico concienciado», una estrategia defensiva del macho.

Pero yo perseveraré. Él decía que era como un iceberg, que acabaría derritiéndose, ¿sabes? Y con el tiempo la relación sexual mejoró; la mayoría de las veces conseguía tener una erección y mantenerla unos minutos, aunque acababa agotado y escenificaba ese agotamiento de tal manera que parecía una acusación. Sin embargo, aunque yo tuviera que moderar mi libido y él se sintiera presionado para cumplir, después de un par de meses practicando conseguimos tener una vida sexual satisfactoria. No era perfecta, pero más o menos conseguimos que funcionase. Aparte del tema sexual nos entendíamos bien; íbamos al cine y a ver exposiciones, y cocinábamos juntos. Conocí a sus amigos del trabajo, eran majos y graciosos, aunque en grandes dosis me resultaban un poco aburridos. Adam también tenía relación con un par de amigos de la infancia, pero a esos no me los había presentado.

—La verdad es que no te caerían bien —me dijo—. Si me hubieras conocido entonces, ni siquiera me habrías dirigido la palabra.

Me contó que atracaban tiendas, que se emborrachaban y fumaban antes de los diez años, y yo me quedé pensando en mi infancia en Karachi: con mi inhalador, mi pecho plano y los *brackets*, leyendo los libros de *Las gemelas de Sweet Valley* en mi habitación, viendo dramas en urdu con mi abuela por las noches y llevando una vida que a Adam le parecería demasiado anticuada.

—Tú sí que no me habrías dirigido la palabra —le dije, y el movió la cabeza negando como hacía siempre que pensaba que yo nunca llegaría a entender algunas cosas suyas.

Yo también le presenté a mis amigos, le invité a la fiesta que daba uno de ellos, y a la mayoría les pareció bien. Naima fue la única escéptica.

—No pareces enamorada de él —me dijo por teléfono al día siguiente.

También vaticinó que ese iceberg suyo nunca se derretiría del todo. Yo sabía a qué se refería, pero pensaba que eso que ella veía como falta de pasión podía ser una ventaja. Era agradable no estar locamente enamorada, tener claridad mental y estabilidad emocional, y no me importaba mantener cierta distancia con Adam y que cada uno tuviera su vida además del ámbito que compartíamos. El caso es que empezamos a salir como pareja y tres meses después Adam se trasladó a mi apartamento. Nos turnábamos para hacer la comida; él hacía la mayor parte de la limpieza y arreglaba cosas de la casa, y yo me ocupaba de la administración: los recibos, la compra y lo demás. Por las noches veíamos algo en Netflix acurrucados en el sofá, leíamos y salíamos a dar largos paseos; durante el día yo trabajaba en casa con mis subtítulos, y él salía a trabajar en las oficinas de alguno de sus clientes. Adam hablaba varios idiomas perfectamente, pero mantenía un perfil bajo: la empresa italiana no sabía que hablaba ruso, y en la empresa japonesa de ingeniería aeronáutica sus compañeros creían que el japonés era su segunda lengua materna. A mí me gustaba su discreción, no pensé que quisiera ocultarlo, sino que era así de modesto, y me parecía admirable cuando hacía alguna videollamada desde casa y le oía hablar otros idiomas como un nativo. Lo único raro era que no fuese capaz de recordar nada de lo que intentaba enseñarle en urdu.

—No lo entiendo —le dije—. ¿Cómo es posible que hables perfectamente más de diez idiomas y no te acuerdes de cómo se dice «Me llamo Adam» o «¿Cómo estás?» en urdu?

—No lo sé, cariño. Debe ser una especie de bloqueo mental —respondió—. De todas formas, yo no aprendo así. Solo puedo absorber un idioma si lo estudio a fondo, como en un curso intensivo.

Pensé que aprender esos idiomas quizá le había costado más de lo que yo imaginaba. Descubrí que Adam era muy trabajador, y la verdad es que a veces me sentía incómoda con su éxito porque me avergonzaba de mi trabajo, que me parecía tan esporádico y solitario viéndole trabajar tantas horas, viajando y saliendo hasta la madrugada con sus compañeros cuando terminaban. Tenía la sensación de haber desperdiciado todos mis privilegios y oportunidades en comparación con Adam, que había triunfado en la vida aunque se hubiera



criado en circunstancias bastante complicadas. A veces incluso pensaba que esas circunstancias difíciles eran precisamente lo que le había impulsado a llegar tan lejos, y que yo había estado demasiado mimada. Luego me regañaba a mí misma por caer en ese victimismo absurdo de «pobre niña rica», y hacía todo lo posible para evitar la espiral de pensamientos tóxicos.

—Si para ti es tan importante, puedo aprender urdu. No tengo ningún inconveniente, de verdad —me dijo Adam.

—No hace falta, da igual —le contesté—. Lo que pasa es que me extraña. A ver, dilo: *Mera naam Adam hai*. Es fácil.

—*Mera naam Adam hai* —repitió con empeño, pero al día siguiente ya se le había olvidado otra vez.

Cuando ya llevábamos varios meses viviendo juntos, Adam y yo adoptamos a un gatito al que decidimos llamar Billee, que significa «gato» en urdu. Uff, sería complicado describir su infancia felina, cómo se perseguía la cola o se hacía un ovillo en nuestro regazo, sus garritas minúsculas y esos saltos deliciosos que daba cazando sus juguetes. Me sorprendió lo rápido que creció; de adulto se volvió más independiente y más tranquilo, era más grande pero igual de mono. Para nosotros fue un gran paso adoptar a Billee; cada vez estábamos más a gusto juntos y empezamos a hablar del futuro, de ilusiones y sueños que incluían niños, aunque de una manera bastante abstracta. Yo disfrutaba de esas conversaciones, eran como soñar despierta, hasta el día que sacó el tema del matrimonio en plan serio y me quedé cortada, sin poder responder nada en concreto. Lo dejó caer mientras recogía los platos del desayuno, después de decirme que su mejor amigo acababa de anunciar su compromiso:

—¿Y nosotros? ¿Qué tal si tú y yo algún día...? Ya sabes.

A mí me salió una risita nerviosa, y vi que él se ponía tenso aunque no se giró. Después, cuando se marchó a trabajar, volví a reactivar mi antigua cuenta de Tinder.

—¿No te parece que eso es mala señal? —me preguntó Naima con sorna cuando se lo conté.

—Hay quien se acobarda ante el compromiso, a lo mejor yo soy de esas —le dije.

—Yo creo que tu instinto te está diciendo algo.

—Quizá debería decirle que sí y ya está.

Tampoco veía ninguna razón para decirle que no; pensé que mi manía de darle tantas vueltas a las cosas acabaría arruinándolo todo, como siempre. Llevaba casi un año bastante contenta con ese hombre, y solo era cuestión de dar el siguiente paso.

La cuestión es que a veces me descorazonaba un poco, sobre todo cuando me levantaba por la noche para ir al baño y al volver le veía encogido en su lado de la cama, hecho una bola.

Otras veces tenía la impresión de llevar una vida un poco insulsa para que le gustase más a él.

Además, aunque le había dicho mil veces que no, seguía preguntándome con actitud posesiva e insegura si me gustaba mi amigo Mazhar, que estaba casado. En realidad sí que me gustaba Mazhar, pero eso ahora no viene al caso.

Y un día que estábamos viendo una película de Bollywood dijo que era «pintoresca», y me preguntó si nuestra boda también sería así.

También estaba el tema del sexo, claro. Yo seguía soñando con los fuegos artificiales que nunca habían llegado. Y, bueno, quizá no debería decir esto, pero a veces pensaba que él se abstenía a propósito. Si no, ¿por qué tenía esa energía inagotable para correr o montar en bicicleta y cuando se trataba de follar decía que estaba exhausto enseguida? Estoy segura de que se trataba de algún tipo de bloqueo emocional, pero él no tenía ningún interés en planteárselo. Lo que hacía era cambiar de tema o ponerse a la defensiva, como una vez que se burló de mí diciendo que yo siempre «tenía ganas»; le contesté que era porque casi nunca lo hacía, y la conversación se convirtió en una discusión que terminó con Adam marchándose del apartamento, y luego estuvo varios días sin hablarme.

Tampoco me gustaba el senderismo o salir al campo, ni me interesaba el fútbol, ni ir al *pub*. Además, con perdón, sus familiares eran fríos y aburridos; y aunque sabían que soy musulmana, cuando fui a conocerlos intentaron servirme un asado de cerdo. Adam insistió en que no había sido a propósito, ¡anda ya! Y luego encima comentó que yo tomaba alcohol aunque no comiera cerdo, como si la hipócrita fuese yo.

Pero de todas formas, aparte de eso, Adam era un buen hombre: fiable, responsable y equilibrado. Además tenía la sensación de que

si no me casaba con él acabaría quedándome soltera. Ya había tenido suficientes relaciones para saber que si ninguna funcionaba, el problema debía ser yo. En fin, el caso es que no era capaz de decirle que sí ni que no, así que decidí ir con él a Pakistán: presentarle a mi familia era un paso intermedio, una especie de prueba o quizá un premio de consolación.

Ya les había hablado de él a mis padres, aunque solo les había dicho que estaba saliendo con alguien en plan informal. Mi madre estaba encantada, hasta me pidió una foto, así que le envié un vídeo de YouTube donde Adam aparecía hablando en una conferencia de la empresa italiana para la que trabajaba, y con eso le dio su aprobación directamente. Mi padre, un cirujano adicto al trabajo, se mostró más cauteloso. Siempre había querido que mi hermana y yo nos casáramos con hombres de nuestra cultura; yo entendía por qué lo decía y estaba de acuerdo en muchos sentidos, pero con el tiempo mi padre había ido cambiando de actitud. Cuando cumplí los treinta me dijo que tampoco era imprescindible que el chico fuese musulmán y, para mi indignación, añadió:

—Siempre que no sea indio, claro.

Después, ya cerca de los treinta y cinco, aunque no decía nada, las vibraciones que me daba eran como: «Bueno, venga, date prisa, sirve cualquiera», y cuando le hablé de Adam, aparte de la desconfianza que me esperaba, también noté cierto alivio en su voz.

—¿Y a qué se dedican sus padres? —me preguntó.

—Papá, por favor.

Adam también estaba nervioso:

—¿Estás segura de que me los quieres presentar?

—Pues claro. Los tendrás que conocer si estamos hablando de casarnos, ¿no? Ejem, tampoco digo que...

—No, ya lo sé. Pero... ¿y si no les gusto?

—Qué cosas dices. ¿Por qué no les vas a gustar?

—A lo mejor piensan que podrías encontrar a alguien mejor.

Para entonces ya me había dado cuenta de que Adam tenía una especie de complejo de inferioridad totalmente injustificado y, a veces, abrumador. No sé por qué sería, quizá por haber crecido con apuros económicos o porque le acosaban en el colegio; según él, esas dos cosas iban juntas. Aunque en su profesión había cosechado

un éxito tras otro, en lo más profundo de su interior seguía creyendo que no daba la talla.

—Nunca lo entiendo cuando te pones así —le dije—. Ojalá te dieras cuenta de lo extraordinario que eres.

—Es que... me van a mirar con lupa, y se darán cuenta de todo.

—¿Qué quieres decir? ¿De qué se van a dar cuenta?

—No sé, Anisa. Pero creo que no les voy a gustar.

Aunque no le había dado muchos detalles sobre mi familia, para entonces Adam ya sabía que tenía un padre rico e indulgente, y que yo apenas ganaba dinero. A veces me llamaba «niña de papá», pero solo en privado, en público nunca mencionaba mi situación privilegiada porque sabía que yo prefería ser discreta con eso, me daba un poco de vergüenza, y si alguien preguntaba lo disimulábamos diplomáticamente.

—Claro que les vas a gustar, igual que me gustas a mí.

Cuando le dije eso me sentí un poco culpable, pensé que seguramente mis dudas y mi indecisión empeoraban sus inseguridades sobre «no dar la talla» y, por otro lado, me pareció irritante tener que confortarle como si fuese su cuidadora. Al final accedió a conocer a mis padres; me dijo que tenía una conferencia en Berlín a finales de mes y que estaría fuera un par semanas, pero que podíamos ir después.

—¿Por qué no reservamos los billetes para septiembre? —me propuso.

—Septiembre es perfecto. En Karachi suele hacer un tiempo estupendo.

En cuanto Adam se fue de viaje volví inmediatamente a la vida que hacía de soltera. La verdad es que fue una delicia pasar esos quince días yo sola, viendo películas de Bollywood en pijama con un gato durmiendo a mi lado, sobre todo porque sabía que era algo temporal. Lo paradójico es que al mismo tiempo me daban ganas de seguir soltera toda la vida.

Aunque las películas de Bollywood... me habían sorbido el seso. Casi todas eran tan románticas como la que estaba traduciendo esos días. Estoy convencida de que esas películas y las de Disney me habían lavado el cerebro haciéndome creer que el amor era una especie de torbellino de pasión, con bailes bajo la lluvia y demás.

Pero sabía que el amor no era eso, y mientras Adam estaba de viaje decidí que el amor era lo que teníamos él y yo, y que quizá acabaría yendo con él de acampada algún día, aunque me pareciera un rollo. Decidí que si a mis padres les gustaba me casaría con él y punto. Si no, se me iba a pasar el arroz.

Creo que Adam se dio cuenta de que la opinión de mis padres era bastante decisiva. Para llevar de regalo compró una caja de bombones muy elegante cuando volvió del viaje, y en una tienda de Bethnal Green Road se compró un *salwar kameez*<sup>6</sup> que le quedaba demasiado grande. Esos detalles me conmovieron.

Luego dejamos a Billee con Naima, y una espléndida mañana de septiembre salimos hacia el aeropuerto. Nos recogió un coche de Emiratos porque, para disgusto de Adam, mi padre había insistido en sacar billetes de primera clase. En el aeropuerto estuvimos comiendo un arroz *biryani* con gambas muy sabroso, y le hablé a Adam de mis platos favoritos y de los restaurantes que le quería enseñar en Karachi, BBQ Tonight y Chatkharay, para que probase el kebab bihari y el arroz *yakbni pulao*.

—En Karachi, hasta el pollo del Kentucky Fried Chicken tiene otro nivel —le dije—. ¡Y la fruta! Todo tiene más sabor. ¿Has probado las chirimoyas?

Empecé a sentir una especie de excitación al pensar que, después de tantos años, por fin estaba uniendo las dos mitades de mi vida. Aunque mi familia y amigos de Pakistán venían a verme a Londres con frecuencia, era la primera vez que yo volvía a casa llevando conmigo una parte de mi vida en Londres. Me incliné hacia delante sobre la mesa y le apreté la mano a Adam.

—Te quiero —me dijo.

—Y yo a ti.

Subimos al avión y nos pusimos cómodos en nuestros asientos. Después, mientras yo miraba qué películas había en la pantalla que estaba delante, Adam se giró hacia el auxiliar de vuelo y le pidió un café. Pero se lo pidió en urdu, un urdu perfecto, tan auténtico como el que habla mi abuela.

—¡Me cago en...!

<sup>6</sup> Traje tradicional formando por un pantalón ancho (*salwar*) y una túnica o camisa larga (*kameez*). (N. de la T.).

—Sorpresa.

—¡Adam...!

—¡Ahora ya sé urdu! He aprendido en Berlín —dijo, y luego me preguntó en urdu si estaba impresionada.

—¿Esto de qué va?

—Estaba nervioso por lo de conocer a tus padres, por eso he aprendido.

Una mujer de la edad de mi madre que estaba al otro lado del pasillo le había dicho a su marido que escuchase —*hai, suno*— cuando Adam pidió el café, y ahora sonreía atenta a la conversación; parecía a punto de aplaudir a mi magnánimo novio mientras le pellizcaba el brazo al marido como castigándole por sus carencias.

—Y una mierda, Adam —bufé en voz baja—. No se puede aprender a hablar así en dos semanas.

—He hecho un curso intensivo.

—Ya lo hablabas antes, y me has estado engañando todo este tiempo.

—¿Por qué te iba a engañar? —me preguntó.

—No sé. Puede que seas un... Un asesino en serie.

—¿Un asesino en serie?

—Pues un acosador. Espera, ¿esto es verdad o estoy soñando?

—Pensé que te alegrarías.

—Aprender tan deprisa es humanamente imposible. Llevo seis meses intentando enseñarte y no has conseguido juntar ni dos palabras, ¿y ahora lo hablas mejor que yo?

—Mira, olvídalo —dijo—. No voy a decir nada más en urdu.

—¿Y con eso lo arreglas todo?

—No levantes la voz, Anisa.

Antes ya me había quedado mirando a la mujer, y ella se había puesto los auriculares con mucho teatro, pero vi que los tenía desconectados. Otros pasajeros también se habían girado para disfrutar del espectáculo.

—Pues ya vale de chorradas, no tiene ninguna gracia.

—No pretendía ser gracioso —dijo Adam, y se llevó las manos a las sienes—. ¡Ay Dios! Esto no me lo esperaba.

—Me parece sospechoso de cojones.

—¿Cómo que sospechoso? Ya te lo expliqué, yo aprendo los idiomas de otra manera.

—¡Es todo muy sospechoso! ¡Tú siempre has sido sospechoso! Siempre he notado algo raro, y he intentado convencerme de que eran imaginaciones mías, pero ya veo que no.

—Vale, está bien. En realidad aún no sé urdu, ¿vale? Solo he aprendido a pedir un café, nada más.

—Me estás mintiendo otra vez, por Dios. Esa cadencia al hablar... Es obvio que lo hablas perfectamente, mejor que yo, y eso... —me atropellé con las palabras.

—Bueno, vale. Eso último era mentira, pero lo que te he dicho antes era verdad: he aprendido en dos semanas.

—¿Pero cómo? ¿Cómo es posible? Adam, yo me he criado allí, y desde que me marché he leído en urdu al menos una hora todas las semanas para no olvidarme del idioma. Llevo toda la vida, ¿y tú lo has aprendido de la noche a la mañana?

—Esto es... distinto. Es mi profesión. Tengo un método especial para aprender idiomas. Perdona, ya veo que te has quedado impresionada.

—No estoy impresionada, al contrario: se me ha quitado la buena impresión. Acabas de confirmar que me ocultas algo y, ¿sabes qué? Llegado este punto tampoco lo quiero saber, así que déjame en paz.

—Escúchame, Anisa...

—Lo digo en serio, Adam. No me hables.

No dijimos ni una palabra durante el resto del vuelo: seis horas y media. Luego, justo antes de aterrizar le dije que lo mejor sería buscarle un hotel.

Me miró implorante, parecía a punto llorar, y dijo:

—Si te cuento cómo he aprendido, ¿me perdonarás por no habértelo contado antes?

—No pienso perdonarte, pero cuéntamelo.